

Movimientos sociales en la era de las redes sociales

DARIA PEÑA

Pontificia Universidad Católica del Perú

Resumen:

Es evidente que los movimientos sociales no son los mismos desde la aparición de las redes sociales. Estas han revolucionado definitivamente la forma en la que nos expresamos, comunicamos y organizamos. Sin embargo, son una herramienta de doble filo. En este ensayo analizo las principales características de los movimientos sociales en la era de las redes, principalmente, desde dos perspectivas: la de Manuel Castells y la de Byung-Chul Han, a fin de determinar si estos están experimentando un desarrollo favorable o perjudicial para alcanzar sus objetivos y, sobre todo, para visibilizar los nuevos obstáculos que aparecen en la virtualidad y poder superarlos.

Palabras clave:

movimientos sociales, redes sociales, mundo virtual, ciberactivismo, democracia, participación política.

Abstract:

It is clear that social movements are not the same since the emergence of social networks. They have definitely revolutionised the way we express ourselves, communicate and organise. However, they are a double-edged tool. In this essay I analyse the main characteristics of social movements in the network era, mainly from two perspectives: that of Manuel Castells and that of Byung-Chul Han. Thus, I will determine whether they are experiencing a favourable or detrimental development with respect to the achievement of their objectives and, above all, I will make visible the new obstacles that appear in virtuality in order to overcome them.

Keywords:

social movements, social networks, virtuality, cyberactivism, democracy, political participation

Si algo no podemos negar es que vivimos en una época acelerada. Rodeados constantemente de estímulos audiovisuales y de noticias que no dejan de actualizarse, siempre hipercomunicados e hiperconsumistas, estamos obsesionados con vivir cada instante intensamente. Las redes sociales han revolucionado definitivamente la forma en la que nos expresamos, comunicamos y organizamos. Han cambiado drásticamente la esfera pública, nuestra aproximación a la alteridad, la manera en la que nos involucramos en la política y en la que los asuntos públicos se discuten para formar una opinión. Con respecto a la participación política de la ciudadanía, el surgimiento de la sociedad red ha aportado muchísimas ventajas, pero también nuevos problemas. En efecto, ¿la hipercomunicación garantiza realmente que nos comprendamos los unos a los otros? ¿Son las *shitstorms*¹ la marca característica de la nueva democracia? ¿Tienen los movimientos sociales actuales la capacidad de generar cambios estructurales? Es evidente que la acción colectiva no puede ser la misma que antes de la revolución digital, pero ¿son las redes sociales una ventaja o un obstáculo a la hora de luchar por un cambio en la sociedad? A continuación, analizaremos las principales características de los movimientos sociales en las redes para poder definir una respuesta a nuestra pregunta.

Uno de los cambios más significativos que supuso la instauración de la comunicación digital ha sido la de la “democratización” de la comunicación. Liberadas de los obstáculos de la burocracia y de la institucionalidad, las redes sociales han dado pie al surgimiento de lo que Castells llama “espacios de autonomía”, espacios públicos “(...) en gran medida fuera del control de gobiernos y corporaciones que, a lo largo de la historia, han monopolizado los canales de comunicación como cimiento de su poder” (2012, 20). Como sostiene Mahlouly, el hecho de que la sociedad civil se haya convertido en productora de información gracias a las redes sociales le ha otorgado el poder de moldear su entorno político (2013, 3). De este modo, las redes sociales han contribuido a la disolución de las fronteras entre la sociedad civil y la sociedad política, ya que hoy en día todos tenemos la posibilidad

1 De acuerdo con la Fundéu, el“(...) anglicismo *shitstorm* (literalmente tormenta de mierda) hace referencia en ese ámbito a un aluvión de críticas, a menudo insultantes o con intención de humillar, que se desencadena a raíz de la publicación de algún comentario en medios o redes sociales” (2015).

de ser agentes políticos activos y de participar en la negociación de significados. Esto ha potenciado una verdadera interacción dialógica, opuesta al antiguo rol receptivo pasivo de los ciudadanos, y el involucramiento de los ciudadanos en la política. En efecto, nunca antes ha estado tan al alcance de la sociedad civil expresar y difundir opiniones políticas sin tener que pasar por el filtro de los medios de comunicación tradicionales que históricamente han apoyado al Estado o a los grupos de poder, estando, por lo tanto, sesgados, parcializados e incluso comprados.

La revolución digital ha desestabilizado el monopolio de la información hasta hace poco controlado por los medios masivos de comunicación y los grupos de poder. De hecho, las redes sociales no solo les dan más herramientas a los ciudadanos para influenciar en su entorno político, sino que abren también "(...) espacios de información alternativa que evidencian y denuncian la colusión entre las élites políticas, económicas y mediáticas" (Pleyers 2018, 86). Un ejemplo de las redes sociales como espacio democrático puede evidenciarse en el sorprendente nivel de activismo a través de estas redes en la pasada crisis política en el Perú². De un día para el otro, Instagram, una de las plataformas más populares en la actualidad, pasó de ser una red social de estilo de vida, productos y *selfies* a uno de los mayores medios de difusión de información política. Así, las famosas páginas humorísticas de "memes" con miles de seguidores también se politizaron y se convirtieron en importantes movilizadores sociales. Incluso, cumplieron el rol de ser la fuente principal de información de millones de jóvenes que desconfiaban de los canales de noticias tradicionales y, efectivamente, se enteraban de sucesos que las noticias no transmitían.

Sin embargo, muchos dudan de la eficacia de las redes sociales como medios políticos justamente por esta horizontalidad, por su ausencia de jerarquías entre el emisor y el receptor. En las redes sociales, cualquiera puede expresar su opinión públicamente, lo que ha generado un viraje del liderazgo de una élite intelectual al reconocimiento de los *amateurs*. Como sostiene

2 En noviembre de 2020, el Congreso de Perú destituyó al en ese entonces presidente Martín Vizcarra por "incapacidad moral permanente" y el presidente del Congreso tomó su lugar. Muchos peruanos consideraron este un acto inconstitucional y manifestaron masivamente su desacuerdo tanto en las redes sociales como en las calles.

Mahlouly, los aficionados han adquirido una influencia que, hasta no hace mucho tiempo, era privilegio exclusivo de los profesionales y expertos. Esto puede ser considerado problemático porque, aunque generalmente sus publicaciones suelen ser menos confiables y no discuten las cuestiones políticas de manera organizada y crítica, en el mundo virtual cuentan con la misma legitimidad que las de periodistas y especialistas (2013, 11). No obstante, esta supuesta superioridad informativa no es del todo cierta. Las noticias falsas no han aparecido por primera vez en las redes sociales, todo lo contrario, se presentan todo el tiempo en los medios tradicionales de comunicación. Esto se pudo observar, por ejemplo, en los noticieros transmitidos durante la campaña electoral en Perú en 2021. Durante la segunda vuelta, la mayoría de medios masivos apoyó a la candidata Keiko Fujimori y fue sumamente parcial a la hora de informar a la población hasta tal punto que denunciaron un fraude infundado y defendieron la anulación de 200.000 votos cuando Pedro Castillo, el candidato izquierdista del partido Perú Libre, salió primero en las encuestas. Viéndolo de este modo, el que los especialistas trabajen en medios masivos es más bien una desventaja y no una fuente de confianza, pues ya en múltiples ocasiones han demostrado que priman los intereses particulares por sobre la verdad, mientras que los *amateurs* no tienen grandes compañías privadas en sus espaldas.

Pero Byung-Chul Han afirma que lo que se produce en las redes es meramente ruido. Desde su perspectiva, existe una simetría horizontal que es perjudicial al poder, el cual se mueve necesariamente en una sola dirección, a saber, de arriba hacia abajo, fundando una relación jerárquica. El comportamiento de la información en las redes sociales es lo contrario, es desordenado, caótico, viene de todos lados, sin ningún tipo de orden y se puede englobar en la *shitstorm*, "(...) una especie de *reflujo*, con todos sus efectos destructivos" (Han 2014, 16). La *shitstorm*, también conocida como linchamiento digital, hace referencia a la proliferación descontrolada de mensajes de odio e insultos, a una avalancha de críticas lanzadas como un vómito con la intención de humillar a cualquiera que no comparta nuestra opinión. Este fenómeno, tan común en las redes sociales, parece verse potenciado por la ausencia de cuerpos en el ámbito virtual, lo que genera una distancia protectora, la seguridad de los usuarios de estar detrás de la pantalla, lejos de sus víctimas. No obstante, como argumentaremos más

adelante, la *shitstorm* no es el único tipo de contenido que se produce en las redes sociales y tampoco está ausente en los medios convencionales.

Si bien la ausencia de jerarquías definidas y la sobreabundancia de información es patente, estas características no son necesariamente negativas. De acuerdo con Castells, el modo de organización en las redes sociales no necesita un liderazgo ni un centro identificable para lograr una buena coordinación y deliberación. Es más, al no tener un centro de mando determinado ni una organización vertical, los movimientos que se desarrollan a través de las redes son más difíciles de reprimir, es menos probable que caigan en problemas burocráticos o de manipulación y permiten una mayor participación (Castells 2012, 212). Estas redes de acción digitales no necesitan una organización formal que las movilice, sino que generan, tal como Jeppesen postula, una identidad colectiva que las sostiene mediante un flujo masivo de contenidos, acciones, eventos y análisis en los medios digitales producidos por todo el mundo y difundidos a todo el mundo (2018, 6). Esta identidad colectiva es tan fuerte que les permite prescindir de los partidos políticos tradicionales y enfocarse en su autorrepresentación.

Asimismo, la ausencia de líderes no es gratuita, sino que tiene razones detrás. Por lo general, las explosiones o movimientos sociales se dan por una disconformidad con el sistema o gobernantes actuales, lo que ocasiona una desconfianza generalizada hacia cualquier delegación de poder. Entonces, el autogobierno del movimiento tiene además un "(...) objetivo político: establecer las bases de una futura democracia real practicándola en el movimiento" (Castells 2012, 215). Así, practicando una democracia deliberativa directa en red, proyectan una nueva utopía de democracia "(...) basada en comunidades locales y virtuales en interacción (...): la utopía de la autonomía del sujeto frente a las instituciones de la sociedad" (Castells 2012, 218). Esta autonomía es la que permite que se dé un proceso de autotransformación dentro de la sociedad.

Pero la horizontalidad de las redes tampoco es total. Dado que estas son también un espacio de disputa de poder, es inevitable que con el tiempo ciertos usuarios vayan ganando más alcance e influencia que otros. Esto sucede porque más personas los siguen y confían en ellos. También se

da en los movimientos habilitados digitalmente un tipo de organización distributiva participativa. De esta manera, los miembros de grupos poco numerosos pueden asumir funciones de cuasi liderazgo en sus comunidades locales, organizar acciones, desarrollar análisis críticos, escribir para los medios de comunicación social, crear eventos, llamar a la solidaridad y realizar muchos otros tipos de acciones (Jeppesen 2018, 7). Entonces, si bien no hay una horizontalidad absoluta, que no haya un único líder hace posible que el movimiento trascienda a sus miembros, sea más flexible y se interconecte con múltiples movimientos más.

Hoy en día las redes han dejado de ser un medio y se han convertido en un fin en sí mismo, en un modelo puesto en práctica, en un proyecto democrático real, descentralizado, autoorganizado y diverso. Tal como plantea Rohr, uno de los aspectos más revolucionarios del uso de las redes digitales en las movilizaciones es que este trivializa la necesidad del apoyo de las élites (2014, 13). Efectivamente, la horizontalidad en la que se difunde la información por las redes favorece la interconexión entre los usuarios y establece un tipo de poder diferente, barato y disponible para la mayoría. De acuerdo con Bennett y Segerberg, las redes sociales no son simples sistemas de comunicación, sino que son organizaciones flexibles ellas mismas, que a menudo permiten ajustes coordinados y acciones rápidas dirigidas a objetivos políticos a menudo cambiantes, incluso cruzando fronteras geográficas y temporales en el proceso (2012, 753). Así pues, no dependen de los individuos, los trascienden, a la vez que hacen que los ciudadanos sean conscientes de su poder político.

En suma, lo que se lleva a cabo dentro de los movimientos sí puede formar una unidad, en contraste con lo que Han afirma. Es cierto que muchas veces no se construye una comunidad duradera ni existe una ideología o valores determinados, pero sí existen objetivos comunes. Como pudimos ver en las marchas que se dieron luego de la vacancia del expresidente peruano Martín Vizcarra en 2020, los manifestantes que se organizaron a través de las redes sociales no eran de un partido político específico ni compartían una misma postura política, pero esto no impidió que se unieran para remover a un gobernante ilegítimo del poder. Así pues, Castells asegura que, aunque no se consigue tan fácilmente, la formación de una

comunidad sí es un objetivo, y que la horizontalidad de las redes favorece la colaboración, la solidaridad y la unión como punto de partida y fuente de empoderamiento necesaria para generar confianza (2012, 216). Lo que buscan los movimientos sociales es una transformación en la sociedad, un cambio de mentalidad y, al unirse, los usuarios de las redes pueden crear el poder suficiente para conseguirlo.

Justamente, ligado a este objetivo está la característica de *viralizar* los contenidos en la red. Esto significa que la difusión de los mensajes es prácticamente instantánea y puede alcanzar a millones de personas de todo el mundo, en el mismo momento en que los eventos están ocurriendo. Y estos mensajes no son solo ruido como lo quiere hacer ver Han, son mensajes cargados de significados, creencias e ideologías, son intercambios que conectan a la gente a través de las redes. Han sostiene que el medio digital es presente inmediato, sin coherencia ni voz, que produce información sin intermediación y, por lo tanto, sin filtros (2014, 33). Pero el exceso de información, por el hecho de que todos puedan opinar, no tiene porqué ser perjudicial, sino que es parte de la libertad de expresión con la que contamos en las redes sociales.

Querámoslo o no, las redes sociales son el mejor instrumento con el que contamos hoy en día para seguir a tiempo real los acontecimientos. Gracias a su configuración dentro del mundo virtual, estas se encuentran siempre en constante actualización, informándonos a cada instante sobre lo que acaba de pasar. Asimismo, a diferencia de la acción colectiva de los movimientos sociales antes del internet, ya no se necesita conseguir que los individuos contribuyan con el movimiento, sino que la acción conectiva se basa en el intercambio automotivado (Bennett y Segerberg 2012, 753). En otras palabras, se comparten ideas ya interiorizadas o personalizadas, planes, imágenes y recursos con redes de otros a través de comentarios o *retweets* en las redes sociales. No son ideas impuestas, sino convicciones personales, lo que hace posible que el cambio social surja desde dentro. Por ello, podemos considerar a la red como una estructura organizativa en sí misma que permite la fácil difusión de los marcos de acción personal. Así, la *viralización* hace posible visibilizar problemas que no están siendo considerados, sacar a la luz situaciones de injusticia que no tienen lugar

en la agenda política y, lo más importante, concientizar a la población. El poder de las imágenes en las redes sociales es enorme. Efectivamente, han demostrado ser una de las herramientas de movilización más poderosas. Gracias al desarrollo de la tecnología, hoy en día todo el mundo tiene un arma política en sus bolsillos. Ya sea grabando o capturando en imagen, se pueden registrar situaciones de injusticia, violencia o represión que los medios tradicionales eligen no mostrar. Esto es fundamental para generar empatía e indignación en la población, los motores principales de cualquier movimiento social. En mi opinión, gracias a esta característica de las redes sociales la indiferencia en el mundo está disminuyendo. Ya no podemos simplemente apartar la mirada para no ver. Las imágenes nos transportan a otros extremos de la Tierra en segundos y también al distrito de al lado que en el día a día no visitamos, nos muestra realidades que en otras épocas nunca habiéramos conocido, pero que siempre han existido. Y es precisamente esto, el hecho de que el “otro” nos importe, el motor de toda lucha social.

Otro de los aspectos que Han condena es la transparencia de la era digital. Desde su punto de vista, en contraste con la verdad, “a la información le falta el *espacio interior*, la *interioridad* que le permitiría *retirarse* u *ocultarse*. (...) La información es acumulativa y aditiva, mientras que la verdad es exclusiva y selectiva” (Han 2014, 65). La pregunta es por qué hoy en día predomina la información en detrimento de la verdad. Lo que sucede se conoce como determinismo tecnológico: al dominar la esfera pública, las redes sociales tienen el poder de condicionar y limitar las interacciones sociales de acuerdo al diseño tecnológico de los nuevos dispositivos de comunicación (Mahlouly 2013, 2). En otras palabras, la libertad de expresión es dependiente del molde que las redes sociales nos impongan, pues nos podemos expresar libremente, pero en los formatos ya determinados que tienden a simplificar los discursos. En las redes sociales el intercambio se da muy rápido y en grandes cantidades, por lo que no siempre hay tiempo de reflexionar profundamente sobre los temas actuales. De hecho, mientras más tiempo pase, más probable será que el problema haya cambiado, que ya no sea tendencia, que la situación se haya actualizado, modificado, empeorado o solucionado, pero esto no debe impedir que cuestionemos

la información que recibimos, paremos un tiempo para analizar las distintas perspectivas y formemos una opinión sobre los temas importantes.

Además, pareciera que debido a los constantes y múltiples estímulos y a la sobreabundancia de información en las redes sociales cada vez nos es más difícil mantener la atención en un mismo lugar. Efectivamente, la información en las redes sociales está sumamente resumida y los videos duran apenas unos segundos para que la mayor cantidad de usuarios posibles los vean. Esto, como hemos señalado, ayuda a la visibilización, pero es un problema a la hora de generar cambios más grandes. Para dar el siguiente paso a la visibilización y concientización de la población, hace falta mayor deliberación y un enfoque a largo plazo. Pero, como podemos ver, el determinismo tecnológico afecta también las nuevas formas de deliberación pública (o, en muchos casos, de no deliberación pública). No puede pasarse por alto que los algoritmos de las redes sociales están programados para que uno vea posturas que concuerdan con la propia, lo que nos polariza y enfrenta innecesariamente, impidiendo además el diálogo con posturas diferentes que nos permitiría enriquecer nuestros argumentos.

Otra cuestión que vale la pena resaltar es la necesidad de superar el binarismo entre el mundo virtual y el mundo real. Por su parte, Han asegura que el “nuevo hombre *teclea* en lugar de *actuar*” (2014, 57), pero esto es así hasta cierto punto. Todos sabemos que el activismo performativo, aquel en que se apoya una causa popular más por ganar capital social que por un compromiso real, existe. También es verdad que es más fácil publicar una imagen negra que deconstruir los propios prejuicios; que es más fácil seguir a activistas en las redes que formar parte de un partido político; que es más fácil *retwittear* que pensar por uno mismo en soluciones que vayan a funcionar. Pero también es un prejuicio creer que el activismo por redes sociales no es activo. Las redes sociales son un espacio que nos permite no solo participar en el poder, sino también crearlo. Gracias a las diversas herramientas que nos brindan, los procesos de recolección de firmas, las propuestas de leyes y las convocatorias se han agilizado notablemente. Es mucho más fácil ser activo políticamente y eso está bien, porque no todos tienen que querer sacrificar sus vidas en nombre de una lucha. El espacio virtual no es un mundo aparte, sino otra dimensión de nuestro mundo. No

cabe duda de que lo que sucede en las redes genera un impacto en la vida real y lo que la gente siente en las redes lo siente también en la propia piel. Esto nos lleva a otra característica de los movimientos sociales y es que son movimientos emocionales. Están constituidos por personas movidas por la indignación, porque su tolerancia ha llegado al límite. Muchas veces comienzan sin ningún programa o estrategia, simplemente a partir de la rabia, queriendo reestablecer el respeto por la dignidad humana. El papel de las redes sociales es el de impulsar que estas emociones se transformen en acción. Como señala Castells, “para que se forme un movimiento social, la activación emocional de los individuos debe conectar con otros individuos. (...) Para que un proceso de comunicación funcione, hay dos requisitos: la consonancia cognitiva entre emisores y receptores del mensaje y un canal de comunicación eficaz” (2012, 31). Las redes son el espacio perfecto para identificarse y empatizar con otros, comunicar los propios sufrimientos y formar agrupaciones de intereses con objetivos comunes. De hecho, “cuanto más rápido e interactivo sea el proceso de comunicación, más probable es que se forme un proceso de acción colectiva, arraigado por la indignación, impulsado por el entusiasmo y motivado por la esperanza” (Castells 2012, 32). La esperanza surge justamente cuando nos comunicamos con otras personas que están pasando por lo mismo que nosotros o que quieren cambiar lo mismo en la sociedad y las redes hacen que esto sea más fácil que nunca.

No obstante, también podría decirse que la volatilidad de los estados afectivos que mueve a los manifestantes no permite desarrollar un proyecto a largo plazo. Con respecto a esto, Han resalta la importancia de distinguir los estados afectivos de las emociones. Las emociones como la cólera tienen la “capacidad de interrumpir un estado existente y de hacer que comience un nuevo estado” (Han 2014, 22). En cambio, él describe a la indignación más bien como “un *estado afectivo* que no desarrolla ninguna fuerza poderosa de acción” (Han 2014, 22). Por eso, hoy en día son más comunes las explosiones sociales. A diferencia de los movimientos sociales, Mahlouly observa que las explosiones sociales no requieren un compromiso político como el que supone promover un partido político o una ideología, sino que los aficionados de la era digital operan de vez en cuando para apoyar proyectos políticos específicos (2013, 12). Muchas veces son ocasionadas por un

hecho concreto o se dirigen a una persona en particular. Son llamadas explosiones porque aparecen de un momento a otro y logran unir a miles de personas rápidamente, que explotan como resultado de la rabia contenida. En consecuencia, parece que carecen de firmeza y son inestables porque cuando se cumplen sus pequeños objetivos desaparecen, pero no es exactamente así. Si bien es cierto, como resaltan Condorelli y Gambetta, que un impacto emocional inmediato provoca muchas veces que las personas compartan imágenes y textos sin reflexionar, que hagan conexiones frágiles simplemente por interactuar y sin estar dispuestas a transformarse ellas mismas y que se comprometan en movimientos sin participar de manera constante y comprometida (2016, 10), es importante tratar las explosiones sociales como síntoma de algo más profundo, de sufrimientos contenidos por mucho tiempo. Además, al formarse y organizarse en las redes, no sería exacto afirmar que mueren cada vez que se apagan, pues resurgen cada vez que hay otra llamada de indignación.

Por lo tanto, deberíamos empezar a entender los movimientos sociales desde una perspectiva diferente. Es necesario reconceptualizarlos como “campos de acción discursiva expansivos, heterogéneos y policéntricos que se extienden mucho más allá de una serie diferenciada de organizaciones de la sociedad civil” (Escobar y Osterweil 2009, 138). Son movimientos en constante actualización, pues gracias a su carácter democrático todos sus miembros pueden hacer aportes que introduzcan los nuevos problemas e injusticias que van surgiendo, con el fin de idear la manera de superarlos. En palabras de Angela Davis, “lo que logramos hacer cada vez que obtenemos una victoria no es tanto asegurar el cambio de una vez por todas cuanto crear nuevos terrenos para la lucha” (2016, 118). Así pues, debemos aprovechar las redes sociales como espacios de deliberación que nos faciliten repensar la cuestión luego de una victoria, para poder rehacer la lucha eterna por la justicia social en sus nuevas representaciones.

Otra crítica que se le da a los movimientos sociales actuales es su supuesta motivación egoísta. En contraste con la sociedad de masas moderna que se fusiona con la multitud, desde la perspectiva de Han, el enjambre digital de la edad contemporánea no forma ningún *nosotros*, sino que está formado por individuos aislados con una identidad privada, un perfil personal en

las redes sociales: “en lugar de ser *nadie*, es un *alguien penetrante*, que se expone y solicita atención” (Han 2014, 28). Con esto quiere decir que en las redes el individuo no desaparece detrás de la causa que se persigue, sino que se distingue siempre con su propia identidad. Han sostiene, además, que los habitantes de las redes no se congregan, sino que solo se concentran, debido a la ausencia de un espíritu común y de interioridad. Por consiguiente, sus modelos colectivos de movimiento son muy fugaces e inestables, disolviéndose antes de que sea posible desarrollar verdaderas energías políticas (Han 2014, 29).

Pero que sean fugaces no significa que hayan muerto, como ya hemos aclarado. Gracias a las redes sociales ya nunca más habrá silencio. Asimismo, si bien la individuación es la tendencia cultural actual, es decir, que cada individuo orienta su comportamiento a partir de sus proyectos individuales, esto no es lo mismo a que impere el individualismo. Como señala Castells, “individuación no es individualismo, porque el proyecto del individuo puede estar dirigido a la acción colectiva e ideales compartidos” (Castells 2012, 220). En efecto, la mayoría de movimientos sociales en la actualidad busca reivindicar la justicia social y una democracia auténtica.

Igualmente, Mahlouly enfatiza que el hecho de que las identidades individuales se hagan más visibles dentro de los grupos sociales estimula el compromiso político, ya que proporciona la satisfacción de formar parte de un movimiento ideológico mientras se expresa libremente la propia personalidad (2013, 13). En suma, Jeppesen expone que las posibilidades y oportunidades de los medios digitales han dado forma y han sido moldeadas por un creciente énfasis en formas y redes organizativas multitemáticas interseccionales: los movimientos sociales translocales tienden cada vez más a incluir una conciencia en torno a múltiples cuestiones políticas, identitarias y de sistemas (como el sistema educativo, el sistema penitenciario, el sistema de bienestar, el sistema de medios de comunicación, así como los sistemas o estructuras de opresión de raza, clase, el sistema de sexo/género, la discapacidad, el colonialismo, etc.) (2018, 3-4). Así pues, gracias a que todos los miembros del movimiento pueden contribuir con el mensaje global, los movimientos activistas que surgen en las redes sociales resultan ser extremadamente flexibles y evolucionan constantemente

con las nuevas aportaciones, lo que hace más probable que atraigan a miembros de diferentes orígenes sociales y culturales y persigan objetivos interseccionales.

Bennet y Segerberg denominaron “acción conectiva” a este intercambio de contenidos personalizados a través de las redes sociales. Este contenido político se muestra en forma de ideas fácilmente personalizables, de modo que los ciudadanos pueden difundir fácilmente el mensaje en sus redes personales (Bennet y Segerberg 2012, 744), disolviendo además las barreras que separan la esfera pública y la privada. En efecto, las redes sociales son el lugar virtual en el que ambas esferas antes divididas ahora se encuentran, se superponen y complementan. Hoy en día no sería extraño encontrar un perfil de Instagram, por ejemplo, con un *selfie* y una fotografía de un viaje seguidas de una publicación política, ya sea una opinión, una denuncia o una imagen de una manifestación. Tal como sostienen Condorelli y Gambetta, las redes digitales son un terreno político de producción de subjetividad, son un espacio en el que “(...) se confrontan intereses, poderes, concepciones del mundo, prácticas materiales, simbólicas y discursivas, imaginarios, saberes, paradigmas de construcción de conocimiento e inteligibilidad de lo real, proyectos sociales, económico-políticos, científico-tecnológicos, militares, religiosos y culturales” (2016, 8). Es así como las identidades se van construyendo en las redes intersubjetivamente y se agrupan. Por esto, Condorelli y Gambetta entienden las manifestaciones como “posibilidades que emergen de un proceso inmanente de producción de lo común” (2016, 5). En las redes sociales este movimiento está ocurriendo constantemente, se construyen significados, ideas y lazos: se construyen comunidades digitales.

Igualmente, así como miles de individuos se conectan a través de las redes sociales para producir lo común, podemos ver también el surgimiento de una cultura de cancelación, donde los usuarios se unen para “cancelar” a determinados personajes por haber hecho algo que consideran incorrecto. Ellos son denunciados por las redes, reciben mensajes de odio de personas que no conocen e incluso puede que sus cuentas sean eliminadas. El problema de que las *shitstorms* ataquen a personas particulares es que no producen transformaciones estructurales y nos están convirtiendo en una

sociedad del escándalo. No obstante, Castells resalta que “mucho antes del advenimiento de la sociedad red, la política del escándalo era una característica fundamental a la hora de determinar las relaciones de poder y el cambio institucional” (Castells 2009, 322).

De todos modos, sí admite que el uso del escándalo en la política está aumentando. En las comunicaciones digitales, junto a sus promesas de perpetuas “informaciones de última hora”, las noticias se sirven de las historias de escándalos para atraer a la audiencia. La popularidad de las redes sociales ha contribuido al incremento de la política del escándalo, porque “abre la comunicación de masas a acusaciones y denuncias de múltiples fuentes, eludiendo así la capacidad de filtro de los medios mayoritarios.” (Castells 2009, 329). Así, los medios tradicionales ya no pueden proteger a los políticos, pero tampoco tienen el tiempo de verificar la información antes de que esta se haga viral. La apertura de las redes es pues, un arma de doble filo. Vivimos en un mundo de *fake news*, donde cada vez es más fácil editar una foto o agregar voz artificial a un video, pero más difícil distinguir si estos han sido alterados. Las imágenes se pueden usar también para manipular, ya que logran fácilmente controlar las emociones de la gente con información falsa o tergiversada. Por ello, debemos ser críticos con la información que recibimos por las redes sociales. La mayoría de *youtubers* no son expertos. Que un artículo diga que “un estudio revela...” no significa que sea verdadero y una cadena de *WhatsApp* suele no ser una fuente confiable.

En suma, como resalta Pleyers, “cada día está más claro que el mundo *online* no escapa de la agencia de los gobiernos represivos y autoritarios, ni tampoco de las campañas sucias y las estrategias de desinformación por parte de los políticos” (2018, 87). De hecho, hoy en día no es extraño que en tiempos de elecciones políticos hagan circular por las redes encuestas falsas, rumores infundados de los opositores o *trolls* que se dediquen a insultar y provocar a activistas políticos con el objetivo de empobrecer la conversación y descalificarlos. Lamentablemente, a pesar de ser falsas, las *fake news* pueden tener efectos reales en sus consecuencias (Pleyers 2018, 88). De esta manera, pueden surgir movimientos sociales sin sentido, como el colectivo peruano “Con mis hijos no te metas”, que nació como

oposición a la supuesta implementación de la “ideología de género” en las escuelas. Digo sin sentido, porque esta ideología no ha sido ni será incorporada al currículo escolar, es más, ni siquiera existe. Lo que sucedió es una malinterpretación intencionada del enfoque de género, según la cual este homosexualizaría a los niños y amenazaría a la “familia tradicional”.

De hecho, no solo la solidaridad, el espíritu democrático y la lucha por el reconocimiento se ven reproducidos en las redes sociales, inevitablemente también hay activismo digital conservador y discriminatorio. Como señalan Condorelli y Gambetta, “(...) en muchos países, las redes digitales han sido y son usadas para organizar movimientos xenófobos, racistas, homo y transfóbicos, de persecución religiosa, política y de otros tipos, así como para promover acciones colectivas violentas contra inmigrantes, homo y transexuales, mujeres, practicantes de determinadas religiones, militantes políticos” (2016, 10). Por ello es tan importante distinguir este tipo de movimientos de los propiamente biopolíticos: mientras que en ciertas interacciones digitales se defienden narrativas unitarias y excluyentes, en otras se construye lo común (Condorelli y Gambetta 2016, 6). Esto quiere decir que, a través de las redes sociales, los usuarios cooperan e intercambian afectos y significados, con el fin de producir y transmitir conocimientos y formas de vida. La libertad de expresión de las redes implica que cualquier persona pueda publicar cualquier cosa, por lo que es importante buscar las fuentes originales, analizar si son confiables y comparar información si algo parece no encajar antes de creerlo y sobre todo antes de compartirlo.

En mi opinión, no debemos caer en la cultura del odio ni cerrarle las puertas al diálogo. Más que lanzar toda nuestra rabia hacia una persona particular, creo que es mejor aprovechar las denuncias públicas para encontrar injusticias estructurales. Conectando unos casos con otros podemos analizar cuándo son problemas particulares y cuándo son situaciones que se repiten innumerables veces. En este sentido, las redes sociales ayudan a encontrar problemas compartidos. Como plantea Castells, ahora “*los movimientos son locales y globales a la vez*” (2012, 213). En efecto, empiezan en contextos locales, pero están conectados globalmente. Como plantean Escobar y Osterweil, las redes son un espacio para el intercambio intercultural y para la construcción de estrategias políticas comunes que proporciona

oportunidades sin precedentes para crear visiones compartidas (2009, 139). Incluso, Jeppesen resalta que también sucede que los movimientos locales no necesariamente se comunican directamente entre sí, pero que a través de las redes digitales utilizan tácticas y estrategias similares tanto en línea como en las calles (2018, 5). Gracias a esto podemos aprender de las experiencias de otros movimientos, como sucedió con las técnicas de desactivación de bombas lacrimógenas puestas en práctica en las protestas peruanas e inspiradas en las protestas desatadas en Hong Kong; tomar como ejemplo consignas e himnos que dan la vuelta al mundo, como “Un violador en tu camino”; y deliberar juntos en la búsqueda de soluciones. En conclusión, las redes sociales han contribuido a potenciar los movimientos sociales significativamente. Gracias a la rápida y autónoma difusión de información, permiten conectar a personas de todo el mundo que comparten sus experiencias personales y las vuelven colectivas y, de este modo, los grupos marginados de todas partes pueden conectarse y respaldarse mutuamente a pesar de la distancia. Las redes son organizaciones en sí mismas que le vienen otorgando a la sociedad civil un poder mucho mayor del que disponía antes con respecto a la capacidad de moldear su entorno político. Así, surgen los movimientos sociales de contrapoder, formados con el fin de desafiar al poder de las instituciones y reclamar la representación de sus propios valores e intereses.

De todos modos, pareciera que librarnos de las redes hoy en día no es una opción. Dado que el mundo virtual forma una parte significativa de nuestras vidas, más que examinar si es beneficioso servirnos de las redes para organizar movimientos sociales vale analizar los obstáculos de las mismas de modo que no caigamos en ellos y, en cambio, aprovechemos lo que tienen para ofrecernos. Los símbolos que se crean en las redes sociales son fundamentales para que más gente se una y se identifique con el movimiento, sin embargo, como hemos señalado, no podemos confiar en todo lo que vemos ni dejar que manipulen nuestros sentimientos, debemos resistirnos a caer en la polarización social y en las noticias falsas. Finalmente, cabe recalcar que los grupos de acción conectiva que se originan en las redes sociales son tan reales como cualquier otro, pues las redes son también un espacio político de deliberación. Las luchas virtuales son luchas reales y tienen un impacto en el mundo: visibilizan injusticias sociales, concientizan

a las personas, presionan para que se produzcan cambios y consiguen modificar la agenda política. Es importante no perder esta conexión con el mundo y demostrar que nuestras publicaciones en redes sociales reflejan nuestras acciones de cada día.

Bibliografía

- Bennett, Lance, y Alexandra Segerberg, 2012. The Logic of Connective Action. *Information, Communication & Society* 15 (5), 739-768.
- Castells, Manuel, 2009. *Comunicación y poder*. Madrid: Alianza.
- 2012. *Redes de indignación y esperanza*. Madrid: Alianza.
- Condorelli, Antonio y Leticia Gambetta, 2016. De la movilización ciberactivista a una biopolítica de las redes. *Dixit* 25, 04-15.
- Davis, Angela, 2016. *Democracia de la abolición. Prisiones, racismo y violencia*. Madrid: Trotta.
- Escobar, Arturo y Michael Osterweil, 2009. Movimientos sociales y la política de lo virtual. Estrategias deleuzianas. *Tabula Rasa* 10, 123-161.
- FundéuRAE, 2015. Linchamiento digital, mejor que shitstorm. <https://www.fundeu.es/recomendacion/linchamiento-digital-mejor-que-shitstorm/>. Consultado 29 agosto 2021.
- Han, Byung-Chul, 2014. *En el enjambre*. Barcelona: Herder.
- Jeppesen, Sandra, 2018. Digital Movements: Challenging Contradictions in Intersectional Media and Social Movements. *Communicative Figurations* 21, 2-25. https://www.kommunikative-figurationen.de/fileadmin/user_upload/Arbeitspapiere/CoFi_EWP_No-21_Jeppesen.pdf. Consultado 1 julio 2021.
- Mahlouly, Dounia, 2013. Rethinking the Public Sphere in a Digital Environment: Similarities between the Eighteenth and the Twenty-First Centuries. *eSharp* 20 (6), 1-21.
- Pleyers, Geoffrey, 2018. *Movimientos sociales en el siglo XXI: perspectivas y herramientas analíticas*. Buenos Aires: CLACSO.
- Rohr, Amandha, 2014. The Impact of Social Media on Social Movements: The New Opportunity and Mobilizing Structure. Creighton University. https://www.creighton.edu/fileadmin/user/CCAS/departments/PoliticalScience/Journal_of_Political_Research__JPR_/2014_JSP_papers/Lopes_JPR.pdf. Consultado 30 diciembre 2020.